

CUADERNOS ESIN



20 IDEOLOGIA Y POLITICA

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

EDICIONES INC

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE.

I.N.C.

Wijnhaven 25, 2e.verd.

3011 WH Rotterdam.

NEDERLAND.-

CUADERNOS ESIN

SERGIO SPOERER, sociólogo, investigador del Centro Católico contra el Hambre y por el Desarrollo (CECEFD), integrante de la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena. (ASER).

MANUEL ANTONIO GARRETON, sociólogo, desarrolla sus actividades asociado a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y a la Academia de Humanismo Cristiano en Santiago de Chile.

TOMAS MOULIAN, sociólogo, investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Santiago de Chile.

"NJÑA", J.C. Moreno Robles

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE

LOS REFERENTES HISTORICOS DE LA RENOVACION

Sergio Spoerer

La historia que nos habita.-

"La lucha contra el poder es la
lucha de la memoria contra el
olvido".

Milan Kundera

En materia de historia ,la tentación es siempre grande de confeccionarse trajes a la medida. A la medida de los usos vigentes. A la medida de necesidades políticas actuales. Buscando "apoyar históricamente" una estrategia, a menudo se obtiene en la realidad- el momento actual-lo mismo que cuando sobre ella se aplica la teoría: paisajes de trazo grueso, en blanco y negro, con positivos protagonistas y perversos enemigos, perdida la riqueza de lo concreto, de lo real como síntesis de contradicciones. Es engañosa la evidencia.

Porque la historia no es un simple subproducto de los hechos-codificados en su sentido por un puñado de sobrevivientes-, ella debe funcionar como permanente desestructuración de la superficie siempre lisa de la evidencia, como hipótesis, como interrogación.

Ese quiere ser el tono de ésta comunicación: interrogativo, intentando- invitando a-una nueva mirada sobre viejos problemas que, vistos de otro modo, quizás se nos hagan comprensibles. Ellos conciernen al tiempo largo de nuestra acción, que es la manera que tenemos de inventar y hacer habitable ese nunca-espacio que llamamos futuro.

I . El sentido de la pregunta inicial : nuestra historia nacional como problema político.

Junto con la democracia, una "visión de Chile" muere en 1973. Allí se establece la ruptura brutal de una historia real y de sus representaciones imaginarias. La "ejemplar democracia chilena" es acompañada en su caída por el hundimiento - discreto, silencioso - de nuestros grandes mitos nacionales. Fue ilusión entonces lo vivido ? multitudinario error nuestras certezas ? espejismo aquel vasto oasis de consenso ?

Pronto harán diez años desde que la verdad oficial establece que todo lo vivido en este siglo no ha sido sino decadencia. Decadencia la industrialización del país y la protección de su mercado interno . Decadencia el equilibrio - aunque frágil - de nuestro sistema político. Decadencia la modernización de relaciones sociales y comportamientos. Se nos enseña que "por primera vez en este siglo, Chile tiene un gobierno auténticamente nacional". Se impone un clima de regeneración. Tiempos de cruzada. Sin plazos, la meta fijada es transformar de raíz la mentalidad de los chilenos.

Preservación de la memoria y renacimiento de un sentido común popular se funden en un solo movimiento. El comienzo de la réplica. Instinto de conservación. Sobrevivir pese a todo. Redescubrir un país al que se sacudió el alma y vaciaron las entrañas.

Mirar hacia atrás no es acción de rescate, sino "visión profética del pasado" (E. Glissant). Comprensión, prefiguración. Es el conocimiento que hace posible la memoria. La memoria funda la acción. Y es sólo entonces que las interrogaciones comienzan.

El desarrollo de una corriente renovadora al interior de la izquierda chilena supone una lectura histórica en ruptura con las codificaciones de sentido propias al Estado de compromiso. Historia oficial, historia politicista, en que el movimiento popular permitió la amputación de sus raíces y de no pocas frondosidades : "... pero el árbol de la vida".

La corriente renovadora debe reencontrar todas las potencialidades de los referentes nacional - populares dentro, pero también - sobre todo ? - fuera del Estado de compromiso. Limitándose - al igual que la historiografía oficial - a hacer sólo historia política, la izquierda chilena ha permitido que, en lo esencial, la política quede fuera de la historia. El problema del Estado es el gran punto ciego de la izquierda chilena. La hipertrofia de su discurso apenas disimula su desnudez.

Es ya una verdad de nuestro renovado sentido común que nuestra izquierda, incapaz de pensar la política en términos de hegemonía, ignoró - teórica y prácticamente - lo que concepción ampliada del Estado quiere decir. Con esta afirmación se está fácilmente de acuerdo, menos, quizás, con sus implicaciones prácticas.

Reduciendo el Estado al sistema político - a la escena oficial - se pagan dos enormes precios que conducirán - tarde lo sabremos - al quiebre violento del autoritarismo. Convencidos que el Estado habitaba entero en aquel compromiso, ignoramos la disimulada fragilidad de nuestra democracia. Identificamos democracia y constitución. Democracia y vida de partidos. Como si el único accidente hubiese sido el de la "Ley maldita". Ignoramos lo que existía extramuros de aquel espacio preservado : fuera del compromiso, sólo mundo de tinieblas. Quisimos creer que - como nosotros - todos jugaban el juego. Que era leal el compromiso. Fue muy tarde que supimos que sólo el movimiento popular habitó de cuerpo entero aquella democracia de que nos enorgullecíamos.

Otros han ya suficientemente estudiado lo que entonces nos impidió ver y hacer de otro modo. Teoricismo dogmático y empirismo legalista nos encerraron en espacios y prácticas que pusieron lejos de nosotros los verdaderos núcleos de poder : "Estado en reserva" (Fuerzas Armadas, contraloría, magistratura) - que otros han llamado enclaves autoritarios -, y "escena privada de la burguesía" (colegios, círculos, clubes, estadios, iglesias), fueron los espacios cerrados a cualquier compromiso. Allí residían las claves de una hegemonía privada (que Gramsci no se de vueltas en su tumba !) debidamente acorazada y que no necesitaba de la escena política oficial para existir.

Durante cincuenta años, la izquierda chilena hace política con una concepción del Estado que ignora tanto su "trama privada" como sus factores de fuerza. El edificio democrático se construye sobre arena. Ahora sabemos que en materia de democracia obra incompleta no sobrevive.

II . El desafío de lo nacional - popular.

Las particularidades de nuestro desarrollo histórico han hecho que sea el Estado (de compromiso) quien codifica las significaciones de lo nacional-popular. Dicho código establece que sólo lo que es estatal (legal, constitucional) es nacional y popular. Sólo lo estatal es histórico : escasa es la memoria colectiva (prácticas, usos, representaciones) que tiene cabida allí.

En nuestra historia es el estado quien construye la nación. Estado débil - aunque militarizado - desde los tiempos de la Independencia, sin unidad social ni territorial, con reducido mercado interno. La nación es obra de ese Estado político-militar (Portaliano). "El Mercurio" apenas necesita exagerar cuando señala que "la exaltación de los valores nacionales chilenos aparece unida necesariamente a las virtudes guerreras" (Edición internacional, 10-16, octubre 1976). Si el Estado es la nación, esta es obra de sus guerreros. Sólo durante el paréntesis civilista abierto en los años treinta, las cosas serán dichas - públicamente - de otro modo: "la república va a ser reconstituida en forma: la civilidad orientando, por intermedio de sus hombres representativos, las actividades políticas del estado y las gestiones de la administración pública, mientras las FFAA se recobran a sus funciones al margen de actividades que no corresponden a la esencia misma del mandato que en ellas deposita la democracia (El Mercurio, 27-28 de julio 1931).

Décadas más tarde, cuando se tratará de obrar por la "recuperación del sentido y valor de la chilenidad", el Decano entiende no contradecirse al reclamar un orden institucional "que jamás permita que los hombres de armas sean sometidos a la postergación y al olvido que sufrieron desde 1931 en adelante ..." (Ed. Internacional, 26 marzo - 1º abril 1978).

Pese a todo, este Estado - que no es soberano hacia afuera, ni nacional hacia dentro - es el referente principal de las prácticas y el discurso de la izquierda durante más de medio siglo. Al interior de una cultura política que ella cree también "de compromiso", la izquierda enfrenta la dimensión nacional de su lucha. Ella hace de las nacionalizaciones (estatización) el eje de lo que llama su lucha "antiimperialista". Plantear la medida - justa - de la recuperación por el Estado de las principales riquezas del país, refuerza en el sentido común de la izquierda chilena la idea de que sólo lo que es estatal puede ser nacional. Al mismo tiempo se desarrolla sobre el imperialismo una concepción que hace de él un fenómeno externo todopoderoso y omniexplicativo; así, por ejemplo, con la explicación de todo lo ocurrido desde 1920 hasta el Frente Popular como resultado de las pugnas entre el imperialismo británico (declinante) y el norteamericano (ascendente). En épocas más recientes, cierta lectura de la teoría de la dependencia reducirá lo nacional a un simple epifenómeno de "las contradicciones engendradas por el desarrollo capitalista a escala mundial".

El modo como lo popular fue codificando por el Estado de compromiso y por la propia izquierda no mereció mejor suerte. El código siendo el mismo, sólo lo referido al estado puede ser popular.

La izquierda hace política en base a una determinada idea de la democracia. Esta sería un espacio abierto - el sistema político- de

ampliación progresiva gracias a las luchas - "las conquistas" - del movimiento popular. Esta concepción de la democracia - en estado práctico - coexiste con aquella más instrumental que hace la misma izquierda a partir de su lectura del leninismo. Sumatoria simple de empirismo (legalista) y teorismo (dogmático) hemos dicho más arriba. La izquierda de ese tiempo hace política al modo legalista y lo dice de manera, predominantemente, dogmática. De esa disociación resulta la ausencia de "una teoría de la revolución, de la transformación social, no sólo genérica, sino concreta, madurada en función de nuestra particular realidad y experiencia" (J. Gazmuri) La impotencia estratégica de la izquierda chilena - que no es incompatible con su buen sentido táctico - tiene allí su raíz.

La democracia que la izquierda practica es la de la legalidad. Todo el cauce de su acción es institucional. Es frente al estado que ella "acumula fuerzas". La "cuestión social" se negocia ahora en el estado. Tanto las prácticas propiamente políticas, emanadas del sufragio universal (parlamento, gobierno, municipalidades) como las prácticas profesionales, económicas, relativas a los conflictos del trabajo, son rigurosamente reglamentadas. Para el sentido común de la izquierda, luchas políticas y conflictos sociales sólo son populares cuando producen efectos a nivel del estado. De allí, por ejemplo, en la acción sindical, el problema de las "lealtades conflictivas": con su propia clase y con los partidos a que pertenecen sus militantes. Partidos atravesados a su vez por la contradicción entre la dinámica propia del movimiento de masas y los requerimientos de la negociación institucionalizada en la escena oficial. La contradicción es resuelta, predominantemente, de modo pragmático: acción reivindicativa a nivel económico, legalismo - electoralismo - a nivel del sistema político. Los sesgos obreristas de la izquierda chilena no son incompatibles con ambos comportamientos: lo que es bueno para la clase obrera es, automáticamente, bueno también para el conjunto del pueblo. Una concepción reduccionista de las clases sociales permite identificar lo popular a la clase obrera y ésta a su(s) partido(s). La cuestión popular es así, doblemente, evacuada. Los excluidos del Estado de compromiso (hasta mediados de los años 60) son también excluidos de los referentes populares de la izquierda. Al discurso sobre las "influencias extrañas" de la pequeña-burguesía en la clase obrera y sobre las tendencias disociadoras del "lumpen" - con que eran evacuados los problemas del sindicalismo de clase media y del sub-proletariado urbano - se sumaba el abandono efectivo del campesinado, clave, sin embargo, de la "revolución democrático-burguesa que, hasta 1956, postulaba, al menos, el partido comunista.

Legalismo y reduccionismo de clase amputaban a la izquierda su capacidad hegemónica. Ignorando la "trama privada del Estado" ella renunciaba a su vocación de "dirección intelectual y moral". Incapacitada de reconocer otros sujetos políticos que los resultan-

tes de una correspondencia estricta entre clase y partido, la izquierda reducía lo nacional-popular a una simple alianza política. Así ella minaba su credibilidad. Construía su aislamiento.

La búsqueda de referentes nacional-populares para una corriente de renovación en la izquierda chilena debe, entonces, atravesar el conjunto de prácticas propias al Estado de compromiso. Atravesar es decir no transitar al margen suyo ni tampoco dejarse encerrar dentro de él. No caben aquí ilusiones de restauración. Tampoco la teoría del "paréntesis" con que Croce, por ejemplo, quiso explicarse la experiencia fascista en su país.

Vaya pues este intento de travesía hacia las raíces de patria y pueblo.

III . Memoria popular, historias olvidadas.

No insistiremos aquí sobre la historia política de la izquierda chilena durante este siglo. Tampoco se trata de ignorarla. Nuestro acento principal está puesto en la búsqueda de los referentes sociales y culturales situados fuera del espacio legal. Embriones de la reconciliación entre el universo popular y la nación.

Más que simples referentes simbólicos, será necesario - en otro momento - buscar una "teoría explicativa de los hechos" que van desde la Independencia a Balmaceda. Y desde éste al Estado de compromiso. Lo más avanzado de las corrientes liberales y laico-racionalistas del siglo XIX tiene no poco que ver con la génesis de nuestro ideario democrático y socialista. Habrá que hacer justicia a la generación de 1842. A Arcos, Bilbao y la "sociedad de la Igualdad. A los Matta y a los Gallo y, ciertamente, a Valentín Letelier. También a Malaquías Concha y demás fundadores del partido Democrático en 1887.

Pero, si no queremos, como Recabarren en 1910, "hablar o escribir en sentido contrario a lo que parece pensar toda una nación o su mayoría" ("Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana"), tendremos que rescatar no pocos fragmentos de memoria. Tenemos, sobre todo, que recordar muchas historias olvidadas. Pues los problemas de Chile como nación no empiezan a comienzos de siglo con la "crisis moral" y "la cuestión social" que inspiran a los ensayistas del centenario.

La historiografía del siglo XIX sólo parece referida a Santiago : centro de la vida política del país y a una clase : la oligarquía terrateniente, comercial y minera, cuyas querellas animan salones, gobiernos, parlamentos y conflictos militares. Las provincias desaparecen tras la capital (quien osa hablar de historias regionales ?).

El campo tras la ciudad. El conjunto del pueblo tras la clase que lo domina. Así, nuevamente, Chile no aparece entero sino cuando guerrea. contra sus vecinos o consigo mismo.

¿Como explicar la relativa ausencia del mundo rural no ya en la historiografía del siglo XIX sino también en su literatura, incluidos los costumbristas ? ¿La gran propiedad agrícola entiende disimular así al corazón de su señorío, base social de su poder político ?

¿Se ocultan conflictos tras el quieto paisaje que cubre aquella sociedad agraria ? La historiografía no lo dice. Apenas algunos signos dispersos. Así, por ejemplo, ¿quien oyó hablar del bandidismo rural del siglo XIX ? ¿que tensiones sociales allí se cristalizan ? No es sin embargo, la marginalidad del fenómeno lo que justifica aquel silencio. Durante las luchas de la Independencia, miseria rural y falta de control político hacen del bandidismo una importante fuerza social que, con la abierta simpatía del campesinado pobre, apoya a los patriotas en armas. La vida y leyenda de Manuel Rodríguez difícilmente son separables de la de José Miguel Neira. Años después, la monotonía de los Pincheira desmentía la quietud del valle central y el orden de la gran hacienda. Ella mostrará que en torno a la "casa grande" no todo era paisaje, sauce llorón, estero, trenzas morenas, inquilinos sumisos.

Más tarde, luego de la "Pacificación de la Araucaria", la población indígena despojada de sus tierras encontrará en el bandolerismo rural el principal recurso con que vengar ofensas y humillar a los poderosos.

La figura del bandido es en el siglo XIX la de un héroe popular. El pueblo lo hace suyo, se identifica con él, le muestra activa solidaridad. La astucia del bandido es un arma de los pobres. Es ella, sobre todo, quien hace la fama de Pancho Falcato, poeta a lo humano y lo divino, "gran señor del bandolerismo" ("yo no tengo en Chile mas enemigo que la justicia ..."), cuyo carisma de agitador es reclamado por los revolucionarios de 1851. Es también el caso de Ciriaco Contreras, el de memoria mas contemporánea, aliado a Balmaceda en 1891, cuyas andanzas son recogidas por Rafael Maluenda en sus conocidas "Historias de bandidos".

Más allá de la significación histórica del bandidismo - que, en cualquier hipótesis no parece marginal - es necesario interrogarse sobre su impacto en la conciencia social del siglo XX (1). El personaje del bandido es un tema mayor de nuestra literatura : a Rafael Maluenda habría que agregar Antonio Acevedo Hernández, Mariano Latorre, Oscar Castro, Carlos Droguett, Guillermo Blanco. Rescatar desde las sombras esta figura de héroe popular - aunque deformada, cierto - es, quizás, una buena manera de contribuir a cerrar la brecha entre memoria colectiva e historiografía oficial.

.../...

(1) debemos los trabajos de Maximiliano Salinas buena parte de las referencias históricas sobre la figura del bandido.

El mundo rural no irrumpe con perfil propio en la cultura nacional sino a comienzos de este siglo, con el nacimiento del "criollismo". Son los años en que emerge el discurso sobre el "ser nacional" y la "raza chilena". El auge salitrero permite entonces un nuevo modo de vida a la oligarquía que abandona la vida rural ("Casa grande, Orrego Luco, 1908) por las comodidades urbanas o el extranjero. Será el tiempo del "barrosluquismo" en que "los problemas o se solucionan solos o no tienen solución".

El "criollismo", como producción mítica, tiende a hacerse dominante en la vida literaria del país durante las primeras décadas de este siglo, yendo a contracorriente de los fenómenos reales que sacuden la sociedad chilena. La "cuestión social" no se reduce a las grandes batallas - grandes masacres - del proletariado de los enclaves mineros. El cambio de siglo marca la irrupción de la cuestión urbana. Artesanos pobres y habitantes de conventillos llevan la lucha social al corazón de las grandes ciudades. Con Pezoa Véliz y Diego Dublé Urrutia en poesía ("Del mar a la montaña", 1903) y Baldomero Lillo en prosa ("Sub-terra", 1903 y "Sub-sole", 1907) aparecen los embriones de una importante corriente de la literatura chilena, que será llamada social y que atraviesa todo el siglo.

Por el contrario la "chilenidad" del oriollismo es campesina. "Se creyó que en el campo se conservaban mejor las costumbres primitivas, sin la contaminación de la ciudad", escribía Ricardo Latcham respecto de ese tiempo. Lengua, paisajes y costumbres que definen la "identidad del ser nacional" son los de la sociedad rural. El huaso reemplaza al roto como prototipo del chileno. El campo ocupa el lugar de la ciudad. El paisaje oculta las relaciones sociales. La geografía tiene lugar de historia. La sociedad es un dato dado - inmutable - de la naturaleza. Todo cuanto perturbe su orden es antinatural.

Desde que emerge a comienzos de siglo, la corriente identificada como social en la literatura chilena se expresa también en otras manifestaciones culturales. Tanto la prensa obrera como la "Lira popular" recogen como temas principales la actualidad nacional y la vida del pueblo. El pensamiento anarquista predomina en ellos, como asimismo entre la juventud y ciertos sectores de las capas medias. La fundación de la FECH y la "bohemia" - que se opone al arribismo - expresan esa sensibilidad contestataria de claro signo antioligárquico. Esta "visión de mundo" se funde crecientemente con los nuevos actores populares que concurren a la fractura del orden tradicional en los años 20. Enfocando situaciones de incertidumbre, conflictos, toda esta corriente ilustra "en negativo", con personajes marginales y casos límite (locura, muerte) el fin de una época. En el clima del Frente popular, la generación del 38 pondrá en escena nuevos protagonistas colectivos, anunciadores de una nueva alternativa social, históricamente viable. Obreros tipógrafos, profesores primarios, abogados, poetas, cantores populares, novelistas, curas progresistas, son entonces los "intelectuales orgánicos" de esta emergente constelación socio-cultural, claramente diferenciada de las corrientes culturales oligárquicas, y no siempre acorde con la cultura política

del Estado de compromiso. Pablo de Rokha, Manuel Rojas, Carlos Droguett, son hitos decisivos de esta cultura nacional-popular de la que Violeta Parra y Pablo Neruda serán su cima.

El recuento hecho - precipitado y escueto - sólo aspira a mostrar la singularidad de un perfil y - en filigrama - la continuidad de un itinerario. Quizás hagamos más explícito el sentido general de todo este apartado con las tres proposiciones hipotéticas que siguen :

- 1 . Desde comienzos de siglo se constituye una corriente cultural nacional-popular progresivamente diferenciada de la cultura oligárquico-autoritaria, base del sistema hegemónico que dirige "intelectual y moralmente" al país. Esta cultura popular "colectiva, conflictual, festiva" (M. Salinas) no es tampoco asimilable a la cultura propiamente política que cimenta el funcionamiento del Estado de compromiso.
- 2 . Esta cultura popular-nacional es una cultura subalterna, fragmentaria, dispersa. Ella existió al margen de las principales "organizaciones culturales" ("aparatos ideológicos") del Estado de compromiso : Universidad, medios de comunicación social, Iglesia. Solo en el período de crisis orgánica (fines de los años 60) esta cultura nacional-popular aparece efectivamente como sistema hegemónico alternativo.
- 3 . La clave de esta "insuficiencia hegemónica" debe ser buscada en la disociación existente entre esta cultura nacional-popular y las formas políticas en que los sectores populares participan -en unos casos - o son excluidos - en otros - del Estado de compromiso. De allí resulta una discontinuidad entre fuerzas sociales, referentes ideológico-culturales y representación política. Así se desangra el consenso que hará del Estado de compromiso una democracia trágicamente incompleta.

IV . Corriente Nacional-popular y representación política.

La emergencia política de la corriente nacional-popular está asociada tanto en la memoria colectiva como en la historiografía al nombre de Recabarren. A justo título. Es en torno a las acciones multifacéticas de que él participa que se reconoce la constitución de diversos actores sociales como fuerzas políticas diferenciadas. Recabarren es, en primer lugar, un hito de síntesis. Síntesis social, síntesis ideológica, síntesis política. 1912 es la fecha clave. Desde fines del año anterior las mancomunales han ingresado a la FOCH. En junio se funda el POS. Entre octubre y noviembre "El Despertar de los Trabajadores" publica "El Socialismo ¿qué es y como se realizaría?".

Con la decisión de ingresar a la FOCH se crean las condiciones para la constitución de la primera organización unitaria de alcance nacional de los trabajadores. Formada por dirigentes católicos conservadores, su base era eminentemente mutualista y tendía a "cultivar amistosamente las relaciones con los poderes públicos". La FOCH de 1911 estaba lejos de ser una organización popular de lucha. Recabarren pudo haber decidido la creación de una organización popular alternativa, claramente diferenciada, como lo fue a nivel político la fundación del POS. Por el contrario, Recabarren privilegia la existencia de un organismo popular unitario. Ello hace posible la convergencia de las mutuales y mancomunales y, en menor grado, las sociedades en resistencia. Reúne los obreros de los enclaves mineros y los puertos con los artesanos y las capas más pobres de las grandes ciudades. Funde la problemática obrera con la de la miseria (conventillos) y el hambre. Tanto en la FOCH como en el POS el desarrollo de una "conciencia de clase" tiene más que ver con los objetivos y formas de la acción política que con rigores ideológicos. Recabarren es un pluralista "d'avant la lettre".

Recabarren es el primer gran organizador y agitador del movimiento obrero y popular. Maestro de la "ciencia de la consigna" - el dominio del "momento actual" -, su actividad de articulista y conferencista da cuenta, también, de su preocupación por elaborar una "visión de mundo" propia al movimiento popular. Prensa obrera, cursos y escuelas nocturnas, teatro popular, son otras tantas preocupaciones suyas en que se funden política y cultura. Allí germinan las bases materiales e ideales de la corriente nacional-popular que inicia entonces su travesía del siglo.

El comienzo de los años 20 será un nuevo y decisivo recodo. Los ecos de las revoluciones mexicana y rusa, la profunda crisis social, el auge y caída de la ilusión Alessandrista, imponen al movimiento popular nuevas opciones. Un debate de fondo atraviesa entonces la FOCH y el POS : constitución de un gran partido popular

de masas - tipo laborista - o creación de un partido comunista, sección chilena de la III internacional. Fusión de la FOCH, el POS y el Partido Democrático en una sola organización o depuración de los elementos no revolucionarios. Son contradictorios los testimonios históricos sobre las opiniones de Recabarren durante este período. Una hipótesis plausible es que - al igual que la FOCH - cambió de opinión entre 1920 y 1922. De cualquier modo, los congresos de Rancagua de la FOCH (diciembre 1921) y del POS (enero 1922) que se realizan, prácticamente, con los mismos participantes, deciden la afiliación de la FOCH a la Internacional de Sindicatos rojos y la transformación del POS en Partido Comunista afiliado a la III Internacional.

Del decisivo virage allí producido es posible desprender cuatro proposiciones principales.

En primer lugar, la fundación del PC no se produce por ruptura del partido socialista preexistente. Rancagua no es Tours. Se trata de una opción claramente mayoritaria que es seguida por el conjunto del POS. Allí hay un importante giro, un desplazamiento político, pero no una ruptura. Tampoco emerge, por tanto, una alternativa política distinta, ni un liderato alternativo. De Rancagua no nace un Blum.

Segunda proposición. Allí se consolida una concepción que identifica partido y sindicato, no al modo laborista (que mantiene la unidad y amplitud del sindicato haciendo difuso el rol del partido), sino de modo sectario, reduciendo el sindicato a los límites de lo que se identifica con el partido. Esto es particularmente grave dentro de una tradición como la chilena en que el sindicato es más bien un organismo unitario de base, más cercano a la concepción del consejo obrero. De allí resulta una política de división sindical que jibariza aceleradamente a la FOCH.

Tercera proposición. Esa deformación sectaria se acompaña de otra obrerista, que aísla al movimiento sindical llevándolo a contracorriente del vasto proceso de incorporación a la vida política de nuevas capas sociales que entonces tiene lugar. No sólo capas medias emergentes y subproletariado urbano, sino transformación profunda de las bases materiales de la condición obrera : disminución del peso relativo de los sectores artesanales y disolución de los grandes enclaves proletarios del salitre. Los nuevos sectores obreros, urbanos, de base manufacturera, nacientes entonces, serán la base del sindicalismo legal que se desarrolla desde 1925.

Cuarta proposición. Las deformaciones sectarias y obreristas

serán las formas políticas extremas de un proceso de "bolcheización" del PC chileno que nunca será completo, sin embargo. La bolchevización tiene una importante dimensión ideológica. Ella se manifiesta principalmente en dos puntos : los referentes teóricos - es la época en que el leninismo empieza a ser codificado a la manera de Stalin - y las concepciones sobre la situación internacional - la URSS como "piedra de toque del internacionalismo proletario" -. Esta bolchevización es incompleta, sin embargo, pues ella no alcanza en esa primera época a las formas orgánicas del PC. El congreso de Rancagua en que se funda el PC adopta una nueva declaración de principios, pero aprueba los mismos estatutos que ya tenía el POS. Subsiste así, durante algún tiempo la tradición de democracia interna, asambleas e importantes autonomías locales características de la época del POS.

A partir de 1925 se promueve la organización celular del partido inspirada de los principios leninistas del centralismo democrático. Sólo en 1927 el PC acuerda su "bolchevización" ! Pero esos son los años de su máxima dispersión política y fragmentación orgánica. Las querellas internas entre "legalistas", trotskystas y stalinistas, a la que se suma la dura represión Ibañista ponen en cuestión la existencia misma del PC. Sus años "izquierdistas" son de extrema debilidad.

En esas condiciones no es extraña la permanencia en el PC de una importante componente no bolchevique que la conferencia de julio 33 declara necesario superar : "El legado ideológico de Recabarren debe ser rápidamente superado. Recabarren es nuestro. Pero sus ideas respecto al patriotismo, a la revolución, a la construcción del partido son, actualmente, un serio obstáculo en nuestro camino".

Ya en los años 30 el marco de la política chilena presenta importantes diferencias con aquel que ve el nacimiento del PC en 1922. El país es rudamente sacudido por la crisis. Es conocida la afirmación de Anibal Pinto según la cual "la gran depresión golpeó a la economía chilena con violencia excepcional, tanto que un famoso y citado informe de la Liga de las Naciones señaló a nuestro país como el más afectado entre todos". (Chile, un caso ...)

Cesantía masiva, pauperización generalizada - no sólo de masas trabajadoras, sino también de vastos sectores de capas medias - crean un extendido clima de rebelión e inestabilidad política. Pero la protesta social es tan vasta como difusa. Ella carece de representación política. La caída de Ibañez, la sublevación de la escuadra y la República Socialista de los 12 días ilustran bien el predominio, en esos días, de la acción directa y conspirativa. El PC y los núcleos proletarios de los enclaves mineros están lejos de constituir la capacidad de dirección requerida. El hundimiento de la producción salitrera lanza hacia el campo y las grandes ciudades a miles de trabajadores que difunden, quizás, lo más avanzado de la

conciencia popular de la época. El Partido Radical acompaña el movimiento general denunciando la crisis del capitalismo y pronunciándose a favor de la propiedad colectiva de los medios de producción.

Ese es el clima en que tiene lugar la República Socialista de los 12 días en que convergerán el conjunto de fuerzas políticas que, un año más tarde, fundarán el Partido Socialista de Chile. J.C. Jobet dirá que aquella "era una masa diversa, tumultuosa e impaciente ; aunque carecía de una formación ideológica seria, estaba decidida a la acción y a la lucha".

No cabe aquí un análisis de aquella República Socialista.

En cualquier hipótesis su carácter popular nos parece indiscutible. Y ello tanto por las medidas tomadas entonces : amnistía amplia, clausura del "Congreso Termal", suspensión de los lanzamientos, devolución de los "empeños", control de la distribución (precios, requisición), como por el apoyo popular masivo recibido por sus dirigentes. Demostración de esto último son los sorprendentes resultados obtenidos por Marmaduke Grove y Eugenio Matte - relegados entonces - en las elecciones presidenciales y parlamentarias del 30 de octubre 1932 : Grove obtiene la segunda mayoría después de Alessandri y la primera mayoría en Santiago y Valparaíso. Por su parte, Matte es elegido senador por Santiago con la más alta votación.

No es esa, sin embargo, la lectura que el PC hace entonces - y hasta época muy reciente - de aquellos sucesos. En su libro "Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar" (1952), Luis Corvalán señalaba que "la llamada "República Socialista" se dedicó a tomar medidas demagógicas intrascendentes (...). Pero en la práctica no dió paso alguno que pudiera señalarse siquiera como un propósito sincero de modificar la estructura económica de Chile". La República Socialista no habría sido sino una maniobra de las clases dominantes "que les permitiera desviar el movimiento de masas en ascenso, hacia la colaboración con la burguesía, utilizando para ello la fraseología revolucionaria".

Más tarde, el PC revisará, no el análisis, pero sí sus consignas de entonces, destinadas a constituir soviets - como el que E. Lafferte encabeza en la Universidad de Chile - que debían tener por objetivo inmediato la implantación del socialismo. La línea de "revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista" adoptada por el PC desde 1933 planteará esa revisión crítica. Con excepción del episodio del Reinosismo, a fines de los años 40, aquella sería la última deformación "izquierdista" de importancia en la historia del PC.

La República Socialista es el antecedente más inmediato en la fundación del PS en abril 1933. En él se funden diversos grupos socia-

listas que expresan las tendencias más jacobinas de los años precedentes. Su composición social es tan diversa como los sectores golpeados por la crisis : "El Partido Socialista reunió en su seno, a importantes masas de obreros, artesanos, campesinos, empleados y estudiantes, es decir, elementos de la clase obrera y de la pequeña burguesía (...) una cuota importante procedía de otros organismos : el Partido Radical y del Partido Demócrata ; de las huestes anarquistas y de las células comunistas ; de las logias masónicas y de las iglesias evangélicas ; ex-militantes, agitadores populares, mutualistas, profesionales e intelectuales rebeldes" (J.C. Jobet).

Sobre la base de un marxismo que toma explícitamente sus distancias con el discurso oficial de las distintas internacionales, el PS enfatiza su carácter de partido nacional, latinoamericanista y anti-imperialista. Su práctica genera el discurso inspirado principalmente por Marmaduke Grove - su líder indiscutido durante sus diez primeros años - que será integrado de modo permanente a la "ideología socialista".

Al obrerismo del partido comunista el PS opone la integración de trabajadores manuales e intelectuales. En sus formas orgánicas - pese a su estructuración en núcleos de base - predominan diversas formas de liderato personal (caudillos) que inspiran una suerte de "voluntarismo ético".

En su práctica política coexisten las orientaciones de ruptura (herederas de los métodos de la República Socialista) con las de negociación política (parlamentarismo) ; ésta requiere la existencia de caudillos capaces de constituirse una amplia clientela que el PS disputa a los líderes del populismo clásico (A. Alessandri, Carlos Ibañez).

Amplia y heterogénea base popular sumada a su discurso radical hacen del PS el agente principal de una suerte de "populismo revolucionario", que incorpora al juego de la negociación a sectores que habrían derivado hacia el clientelismo tradicional o hacia prácticas de ruptura. El PS se convierte así - sin negar su base obrera y de capas medias - en el instrumento principal que relaciona las masas marginales con el Estado.

De ese rol deriva el carácter necesario de su permanente oscilación entre un ala moderada y otra rupturista, articuladas en una misma representación política. Es, por tanto, en la crisis misma del Estado de compromiso - en los años 60 - que deben ser buscadas las razones del surgimiento de una "sensibilidad leninista" dominante al interior del Partido Socialista.

En este apartado hemos querido poner el acento en el análisis de las condiciones de génesis de una representación política diferenciada (PC -PS) de la corriente nacional-popular. Es claro que

estas condiciones se modifican de manera substantiva desde los años en que la izquierda se abre a una política de Frente Popular. Referirnos aquí a esa fase esta fuera de nuestros objetivos. (Tomás Moulian acaba de escribir sobre este periodo un artículo particularmente sugerente ("Desarrollo político chileno entre 1938-1973. Primera parte : el periodo frentista". APSI 20 julio - 2 agosto 1982).

Intentaremos una conclusión - que se quiere más bien una apertura - bajo la forma de nuevas proposiciones hipotéticas.

V . Interrogaciones para no concluir.

Desde que juntos constituyen el eje de la izquierda chilena PC y PS han mantenido relaciones necesarias (y no contingentes, diríamos si fuésemos sartreanos). Diferenciación - ideológica y electoral, principalmente -, pero inevitable unidad de acción. Su no pocas veces áspera rivalidad se da teniendo en vista un "horizonte indepasable" : a unidad de la izquierda.

El Estado de compromiso (a partir de 1932) abre a la izquierda una perspectiva de acceso institucional al poder (parlamento, gobierno). El exige una fórmula electoral mayoritaria. Esta requiere estabilidad del sistema político y apertura hacia aliados de centro. Ellos los encuentra básicamente en el Partido Radical.

Este comportamiento institucional (legalista, parlamentario) es el rasgo dominante de las distintas experiencias unitarias de la izquierda. El predomina sobre los comportamientos sectarios y sobre su dogmatismo teórico. Las querellas ideológicas animan su rivalidad y la vida de partido. Pero es el pragmatismo que prima a la hora de la acción. La izquierda no vive como piensa. Pero tampoco lo contrario. Ya hemos dicho que su impotencia estratégica tiene su causa precisamente aquí.

También hemos señalado la incapacidad de la izquierda para expresar al interior del Estado de compromiso la representación política de los "excluidos" (sub-proletariado urbano, campesinado). Es esta misma incapacidad la que debilita las potencialidades de la corriente nacional-popular que la izquierda no recoge sino fragmentariamente. Todos estos son precios pagados por la izquierda en vistas al éxito de su principal opción política desde los años 30 : su alianza con los sectores medios. Sólo que - dos décadas después - los datos del problema habían sufrido mutaciones importantes que la izquierda no fue capaz de reconocer : los sectores medios habían cambiado de naturaleza, de referentes ideológicos e, incluso, de par-

tido. La modernización engendra nuevos sectores medios : ellos son la "segunda generación", más estables, menos frágiles, con mayor "conciencia de clase". Mientras que sus padres (burguesía empobrecida, artesanos, semiproletarios) veían en las luchas reivindicativas y políticas una condición de su movilidad social ascendente, estos nuevos sectores medios modernos hacen de su profesionalización la clave de su estabilidad. Su aspiración es la universidad y su meta el ejercicio de una actividad profesional, menos en el "ejercicio libre" (médicos, abogados) que en la gestión de alto nivel en la empresa moderna y el Estado. El saber altamente calificado proporciona status, nivel de ingresos (acceso a la propiedad) y poder. La propia actividad política se tecnifica. El clientelismo es desplazado como factor único de promoción en la burocracia del Estado. Es el conjunto de estos factores que provoca el progresivo remplazo del Partido Radical por la Democracia Cristiana desde fines de los años 50.

La izquierda no recoge las implicaciones políticas de estas mutaciones. Ella subvalora la amplitud y permanencia del fenómeno democratacristiano. En particular su carácter de partido de masas y su capacidad de amplia convocatoria popular, precisamente entre los sectores hasta entonces excluidos de la vida política. No es extraño entonces que la izquierda no haya estado en condiciones de representar políticamente a aquellos sectores, en plena radicalización, a fines de los años 60.

Una última reflexión. Habiendo establecido el carácter diferenciado de la representación política de la corriente nacional-popular hemos, sin embargo hablado de la izquierda, una, en singular. No creemos que ello traicione lo que ha sido su práctica política efectiva. En ella se expresa la "personalidad dividida" (teoricismo dogmático, empirismo legalista) que impidió a la izquierda chilena resolver positivamente sus desafíos estratégicos. Pero, al mismo tiempo, esa personalidad dividida impidió la configuración de alternativas coherentes y diferenciadas, tanto al nivel de sus referentes teóricos, como de proyecto histórico y práctica política. Por ello la crisis de hoy es una crisis del conjunto de la izquierda. Por ello también, el imperativo de su renovación.

Vivimos tiempos nuevos. Urge que una gran fuerza política sacuda la izquierda y asuma las tareas que patria y pueblo reclaman hoy.

Hace treinta años - en tiempos también inciertos - Eugenio González pronunció en el Senado dos importantes discursos sobre la "crisis chilena" y las perspectivas de la democracia y el socialismo. Dijo allí : "Los socialistas miramos hacia la tradición, pero con inquietud de futuro. Nos sentimos solidarios del pasado nacio-

nal, tanto por efectivo ligamen como por comprensión histórica. Otros partidos lucharon antes que el nuestro por las libertades políticas, se esforzaron por modernizar nuestras instituciones y aún propiciaron reformas sociales. Reconocemos la obra realizada, pero queremos realizar también las nuestras".

Nos parece que estas palabras no han perdido juventud. Y que ellas dicen hoy, mejor que muchas otras, la medida de nuestros desafíos, la serenidad de nuestra ambición.

Sergio SPOERER

Paris, agosto 1982

LA POLITICA DE AYER Y DE HOY.MEMO-
RANDUM PARA UNA DISCUSIÓN.

Manuel Antonio Garretón.

ADVERTENCIA INICIAL.-

El siguiente es un documento abierto. No ha tenido otro objetivo que agrupar reflexiones ,elaboradas en otros trabajos, en torno al tema de la política hoy. Ellas arrancan de la preocupación siguiente: la crisis innegable por la que pasa el regimen militar abre nuevas posibilidades a la acción opositora, aunque ésta última no haya tenido que ver con su desencadenamiento. Sin embargo, ésta crisis y las posibilidades que ofrece no dan por resueltos los problemas propios de la acción política de izquierda. Hay que asumir la coyuntura pero no caer en las ilusiones. Hay que tener presente los grandes temas que nos han preocupado estos años y retomarlos en el discurso sobre la crisis del regimen y su potencialidad. Si no, nuestro futuro será de corto alcance.

Quiero aquí replantear el problema de la redificación de la acción política.No tengo soluciones al respecto. Veo las dificultades y vislumbro los margenes de acción.Quisiera ponerlos en la discusión.

I. LA POLITICA AYER

1. Recordatorio

Un sistema político no se configura en un vacío, sino en relaciones complejas y multideterminadas con procesos económicos, estructuras de clases y mecanismos culturales. Una sociedad no puede ser definida nunca al puro nivel de su base material, ni tampoco al solo nivel de sus relaciones políticas o de sus representaciones culturales. Su definición más importante, aquello que la constituye como sociedad, radica en el modo cómo en ella se generan y relacionan los sujetos sociales, cómo las clases y categorías que son discernibles en un modelo estructural se convierten en sujetos y actores. Y en esta forma de constitución hay siempre presente un modelo económico, un modelo político y un modelo cultural. El primero se refiere a las bases de desarrollo material, el segundo tanto al estado como al sistema de mediaciones entre estado y sociedad civil, es decir, al régimen, y el tercero al mundo de representaciones o imágenes que la sociedad tiene sobre sí misma. Entre modelo económico, modelo político y modelo cultural hay un sistema de multideterminaciones que varían de sociedad en sociedad.

2. La "columna vertebral"

En ese sentido, es importante recordar la existencia en el caso chileno de una correlación histórica entre fenómenos que aparecieron disociados en otros países de América Latina. Nos referimos al proceso de industrialización sustitutiva con un peso creciente de intervención estatal en la economía, a un proceso de democratización sustantiva, esto es, de incorporación de diversos sectores sociales en forma progresiva al sistema político y a mejoramientos en sus niveles de vida, y a la existencia de un régimen político democrático. Es la combinación de estos tres

elementos lo que permite explicar algunas características particulares del sistema político. ¿Cómo funcionaba éste hasta su derrumbe en 1973?

En Chile la constitución de actores sociales estaba indisolublemente ligada a una estructura política partidaria cuyos rasgos pueden enunciarse así.

En primer lugar, se trataba de la constitución relativamente temprana de un espectro político de carácter nacional. Ello quiere decir tanto la existencia de una gama completa de opciones políticas expresadas en organizaciones, como la no existencia de partidos o movimientos que por motivos de su base regional o étnica interfieran con este aspecto. Un segundo rasgo de esta estructura política partidaria era su imbricación con el conjunto de organizaciones sociales. Estas lograron convertirse en actores de significación nacional, precisamente en la medida en que se relacionaban con la estructura político partidaria. Esa imbricación de partidos políticos y organizaciones sociales favoreció el desarrollo amplio y diversificado de una clase política al interior de la cual se daban las diversas opciones del espectro ideológico.

En tercer lugar, esta significación del sistema político partidario en la constitución de actores relevantes iba asociada con una relativa debilidad y dependencia de las organizaciones autónomas de la sociedad civil. Esto porque el conjunto de ellas debía pasar por este canal privilegiado para acceder al instrumento ordenador y redistribuidor que era el Estado. Si se examina, por ejemplo, los casos del sindicalismo o movimientos estudiantiles, se verá siempre que su significación a nivel nacional dependía precisamente de esta estructuración, de esta imbricación, de este juego dialéctico entre autonomía y dependencia respecto de la estructura político partidaria.

En cuarto lugar, recordamos que el proceso de democratización sustantiva no se produjo de una manera brusca a través de grandes revueltas, sino a través de los canales que el sistema político democrático formalizado establecía. Fue un proceso altamente segmentado, donde la extensión de la participación política no se correspondía necesariamente con el mismo grado de democracia al nivel de la sociedad: las desigualdades sociales tenían sus mecanismos de reproducción que la democracia política no lograba eliminar o superar. Combinada con segmentaciones y exclusiones, esta democratización sustantiva generó una forma de integración de los sectores populares sin una cooptación ideológica paralela. Ello implicó preservación de ideologías políticas que postulaban la radicalidad de cambios y de alternativas a un sistema capitalista. Desde el punto de vista sociológico es posible comprender, entonces, la gravitación y la significación de una izquierda marxista, de una fuerza poco común en el continente. Por último, en cuanto a la legitimidad de este sistema de relación entre estado y sociedad, la adhesión generalizada al régimen democrático era fundamentalmente de tipo instrumental. Esto quiere decir que estábamos en presencia de un régimen político donde las adhesiones a él descansaban más fuertemente en la capacidad que ofreciera de satisfacer intereses y reivindicaciones que en su valoración intrínseca. En situaciones de crisis se mostró la precariedad de este tipo de adhesión.

En síntesis, un sistema de articulación de los sujetos y actores sociales en referencia al Estado y a partir de un tejido de relaciones entre organizaciones de la sociedad civil y estructura político partidaria. Esto es lo que hemos denominado la columna vertebral de la sociedad chilena. Su fuerza estribaba en la extensión de la participación política. Su debilidad en la escasa autonomía de la sociedad civil y en la fragilidad latente de las adhesiones al régimen político.

En estas condiciones, hacer política en Chile consistía en organizar una base social vinculándola a la estructura partidaria y presionar sobre el Estado. Para la izquierda esto significaba, además, proponer el socialismo o la conquista del Estado para cambiar la sociedad.

II. EL FIN DE UNA EPOCA

1. El cambio en la sociedad chilena

Mucho se ha discutido el último tiempo sobre la naturaleza de los cambios sufridos por la sociedad chilena bajo la vigencia del régimen militar. No cabe aquí reproducir este debate sino sólo recordar algunos de sus rasgos pertinentes a nuestro argument

Estas transformaciones no han ido, como en otros contextos, en el sentido de la consolidación de una sociedad de masas por la vía de procesos de industrialización y expansión del Estado con todas las consecuencias que ello implica en la consolidación de nuevas fuerzas sociales. Por el contrario, aquí han predominado los procesos de marginalización, segmentación y atomización en el campo y la ciudad, la disminución del referente estatal de la acción colectiva, la reducción del aparato productivo industrial y del empleo público con una alta cesantía permanente, la expansión de sectores con relaciones inestables en el sistema productivo, la reducción de los núcleos históricos en que se basó el movimiento obrero, la pérdida de los referentes de identidad de las clases medias (acceso al Estado y la educación). No estamos frente a procesos de constitución de nuevas clases sociales o polos dinámicos de ellas, sino más bien a fenómenos de desintegración y desarticulación que los cambios institucionales expresan y refuerzan. Las vías de integración han privilegiado, por su lado la exacerbación de conductas orientadas al consumo y débiles mecanismos corporativos en sectores populares. A su vez, todo lo anterior repercute en el plano de las organizaciones so-

ciales, especialmente las populares, que enfrentan procesos de atomización al disminuir significativamente su tamaño y afiliación y su capacidad consiguiente de coordinación y presión. Por último, y sin caer en determinismos estructurales, es evidente que los comportamientos y estrategias individuales y colectivos tienden también a alterarse. Lo más frecuente es, excepto en las cúpulas, una cierta desestructuración del comportamiento colectivo en una pauta no muy coherente donde se mezclan elementos referenciales del pasado que reafirman la identidad, internalización parcial del miedo o conformismo, fórmulas adaptativas o defensivas, etc.

2. La ruptura de la columna vertebral

Así, más que una consolidación definida de nuevos sujetos sociales y nuevos y coherentes comportamientos e ideologías, lo que caracteriza a la sociedad chilena bajo el régimen militar es la desarticulación de los precedentes y los intentos de recomposición y combinación con los nuevos elementos.

Ello es inseparable de la dimensión represiva del régimen y de la eliminación de la arena político partidaria y del sistema político. En Chile esto es más que la eliminación de un canal de demandas como lo puede ser en otros países de América Latina. Aquí esto es la destrucción del modo principal de constitución de sujetos y actores sociales.

Se ha producido un quiebre de lo que hemos llamado la "columna vertebral" de la sociedad chilena. La solidez histórica de la estructura político partidaria y la debilidad consiguiente de las organizaciones autónomas de la sociedad civil muestran aquí su cara negativa, al modificarse el referente estatal de la acción política, la base social de representación y los vínculos entre

esa base y dicha estructura partidaria. En efecto, ésta queda en cierto modo congelada y "colgante" y, en la medida que no se genera una arena política, los procesos de renovación y refundación partidarios se hacen largos, difíciles y complejos. Por su lado, el movimiento social pasa también por un proceso difícil de reconstitución al carecer del instrumento privilegiado a través del cual se convertían en actores nacionales. Ello dificulta enormemente cualquier tipo de acción opositora que lleve a transformaciones del régimen. Pero al mismo tiempo, la estructura político partidaria ha sido capaz de asegurar su sobrevivencia durante el régimen militar, pese a su fragmentación. Se trata de organizaciones heredadas de condiciones muy diferentes de las actuales.

El problema que se enfrenta es extremadamente complejo y parece llevar a la paradoja que las condiciones y características que permitieron la existencia de un régimen democrático fuerte y estable, se revelan durante la vigencia de un régimen militar, como límites para una acción opositora de envergadura. Pero, por otro lado, hay potencialidades escondidas en una situación como ésta. En efecto, tanto una memoria democrática colectiva y la permanencia de una clase política y de una estructura política partidaria, pueden facilitar la reconstitución rápida de liderazgos en momentos de crisis graves o coyunturas extraordinarias del régimen militar.

III. LA POLITICA HOY

Es en este contexto que surgen algunas respuestas en torno a la definición de la acción política. Estas pueden ser descritas en términos de ilusiones, pero con un núcleo racional que es necesario preservar.

1. Las dos ilusiones

a) La ilusión política

En la izquierda la ilusión política consiste en reconocer y aceptar los cambios ocurridos desde 1973 en la sociedad, pero entenderlos sólo como un dato condicionante de una acción política que, adecuándose a nuevas circunstancias históricas, es esencialmente la misma. En definitiva la política es lo que siempre fue. Lo que cambia son las condiciones en que se realiza. Nada esencialmente nuevo ha ocurrido.

El sujeto portador de esta ilusión es la clase político-partidaria que, con mermas y represión, logró mantener su identidad, reproducirse y posee gran parte de su creatividad y dinámicas autonomizantes de la sociedad.

Es posible reconocer dos variantes en la ilusión política de izquierda.

La primera corresponde a lo que hemos denominado la matriz clásica predominante en todas las organizaciones políticas de izquierda en la década del 60 e inicios de los 70 y que se mantiene vigente para muchos. Ella parte de la visión de una clase como portadora de un proyecto de sociedad; concibe al partido como su destacamento o vanguardia y su acción como su directa proyección a la sociedad; el poder se localiza sólo en el Estado como referente exclusivo de la acción política; la teoría es vista como un conjunto de verdades de las que el partido y sus militantes son los depositarios. Aquí la política no ha cambiado su contenido sino sólo su forma de realizarse.

Pero también en la matriz emergente o renovada de la izquierda pueden expresarse elementos de la ilusión política. Con otro con-

tenido y quizás líneas políticas, puede haber también aquí una visión relativamente tradicional del quehacer político: éste debe adaptarse a las nuevas condiciones que se reconoce, más fuertemente que en la otra matriz, han cambiado; pero este quehacer es esencialmente el mismo. Se reconoce la diversidad de sujetos sociales en oposición a la monopresencia de la clase, pero se piensa que estos sujetos no tienen destino si no se les "politiza" o "sintetiza", y el lugar de esa "politización" o "síntesis" es el partido. El partido no es un momento de la vida política, sino una síntesis de ella. La política consiste en "incidir" en la coyuntura, para lo que es necesario renovarse. ¿Qué significa incidir? Bueno, lo que siempre ha significado. La cuestión central es la reorganización de este momento de síntesis de la sociedad, es decir, la reunificación y renovación (adaptación) de los partidos.

En síntesis, la ilusión de la clase política es que la actual situación es un subterráneo en que hay que reorganizarse, también renovarse, para luego reaflorescer. La crisis no llegó a lo esencial de su identidad.

b) La ilusión movimientista

Curiosamente esta ilusión parte también de segmentos de la clase política. Ella afirma la caducidad definitiva de la política y sus agentes hasta 1973 y levanta a los movimientos sociales como gran actor que llena o llenará la escena del futuro. Ya no serán los partidos los que expresen o recreen los movimientos sociales sino que serán éstos lo que en algún momento se expresen políticamente fundando nuevas organizaciones políticas. Por el instante se proclama normativa y fácticamente la independencia de estos movimientos respecto de las expresiones partidarias. El momento partidario es o negado o postergado indefinidamente ante el temor de la manipulación.

2. El estrecho margen

No hay solución hoy a este problema porque entre otras cosas, no hay una densidad de práctica histórica que lo avale. Así, la acción política debe moverse en el estrecho margen dejado por ambas ilusiones, tomando necesariamente elementos de ambas.

En efecto, no es posible negar que algo esencial pasó con la política, que la política en estos años la han hecho los militares, los tecnócratas, la Iglesia, ciertos medios de comunicación, unas pocas organizaciones sociales y marginalmente los partidos. Los principales actores políticos del período no formaban parte principal del juego político hasta el 73. Quiere decir que estamos ante un nuevo sistema político aunque no esté formalizado. Cuando en Chile se reunían las cúpulas de los partidos algo pasaba en la sociedad. Hoy no podría decirse lo mismo y eso no es poca cosa.

Pero tampoco es posible afirmar la proliferación de movimientos sociales nuevos y autónomos, o negar que ahí donde hay algún grado de animación social hay siempre en su origen o desarrollo uno o varios militantes de uno o varios partidos. Si es innegable la desconfianza hacia los partidos, lo es también la presencia de éstos y, sobre todo, su capacidad de bloqueo o veto de iniciativas cuando ellas contradicen sus posiciones. No es cierto que hoy se constituyan movimientos sociales en un vacío político partidario. Y esto tampoco es insignificante.

Y es que en el caso chileno el golpe militar de 1973 ha hecho coincidir dos planos, el agotamiento de una época de acción política y la destrucción de la columna vertebral de la sociedad chilena con la imposición de un régimen que plantea exigencias nuevas a la acción política tradicional.

Este agotamiento no es sólo causado por la dictadura, un puro momento de derrota. Hay dos elementos adicionales presentes. Uno de ellos, de carácter nacional: la percepción que algo mal andaba con la política y los partidos en su relación asimétrica y desnivelada con la sociedad civil carente de movimientos y organizaciones autónomas. El segundo que alimenta el anterior, es el aprendizaje de otros contextos: crítica a los socialismos reales, surgimiento de movimientos sociales nuevos, crisis de la forma partido para dar cuenta de ellos, revaloración de lo cotidiano y percepción que la política tiene algo que ver con la búsqueda de la "sociedad y la vida buenas".

Por su parte, la imposición de un nuevo régimen lleva a la necesidad de reorganizar la política tal cual ella se dió antes, para crear espacios en medio de la represión, tratar de incidir en las coyunturas, aprovechar las crisis del régimen, realizar alianzas con otras organizaciones, tratar de terminar con el régimen militar.

Estos dos planos mencionados son tomados aisladamente por las dos ilusiones. Podríamos decir que para la ilusión movimientista hacer política hoy es tratar de construir una nueva columna vertebral a partir de la pura sociedad civil, concibiendo el resto de la acción política como un puro fantasma sin consistencia. El momento partidario se desconoce o se posterga pensando en una cierta emanación desde los movimientos sociales.

Para la ilusión política, hacer política hoy es reconstruir la antigua columna vertebral pero en condiciones nuevas. El resto tiene realidad sólo a través de su reducción a la "verdadera" política que es la de siempre. El momento partidario, concebido como síntesis de la sociedad, es omnipresente y a ello se subordina el resto.

Como puede apreciarse cada visión totaliza un aspecto de la realidad y da a la otra un carácter ilusorio, por eso constituyen ellas mismas ilusiones.

3. La doble responsabilidad

El problema puede ser planteado en términos de dos responsabilidades de la clase política de izquierda, irreductibles entre sí: refundar la política, crear una nueva forma de relación entre la sociedad civil y el sistema político, construir una nueva columna vertebral que le de viabilidad y estabilidad a cualquier alternativa democrática, y al mismo tiempo enfrentar el problema de la renovación organizacional, incidir en la coyuntura, dar cuenta de las crisis del régimen o promoverlas y tratar de terminar con él.

Decir esto no es nada inocente y supone al menos dos operaciones.

En primer lugar un cierto desdoblamiento en la política de izquierda y en su clase política entre su carácter fundacional, de creación de sociedad (sin contar ahora con el Estado y el régimen político para ello), que la hace fundamentalmente responsable ante la historia y las nuevas generaciones, (los contraejemplos de Bolivia y Argentina como sociedades políticamente inviables caben aquí como fantasmas que nos acechan), y su carácter de oposición que debe dar cuenta hoy ante sí misma de la vigencia, erosión o término del régimen contra el que actúa.

En segundo lugar, directamente ligado a lo anterior, reconocer la irreductibilidad de estas dos responsabilidades. No caer en la ilusión sintética que al priorizar una afirma también el cumplimiento de la segunda. No darse respuestas fáciles o

aparentes pensando que un plano resuelve el otro o que "a la larga convergen" o que "haciendo avanzar uno se hace avanzar el otro". Reconocer que no hay respuestas fáciles implica aceptar que los tiempos y ritmos de cada plano no sólo son distintos, sino que pueden incluso ser contradictorios: una reorganización partidaria o una incidencia en la coyuntura que pueden parecer urgentes, pueden abortar un movimiento político cultural que requiere mayor tiempo de desarrollo y no identificación partidaria, por ejemplo.

De lo anterior se deduce la necesidad al menos de un acto heroico de la clase política de la izquierda: su voluntad de asumir la doble responsabilidad sin autoengañarse ni darse soluciones aparentes. Redescubrir la política fuera de sus márgenes tradicionales, en otros campos de la sociedad, no es trasladar a éstos las categorías de la política tradicional, no es "politizarlos" para que adquieran sentido; es ayudarlos a que adquieran sentido por sí mismos. El partido y la política partidaria no son síntesis de la sociedad sino momentos insustituibles pero parciales de ella.

4. Conclusión

Sólo hemos reconocido un problema y quizás el lugar de su resolución.

La pregunta qué es hacer política hoy no tiene una respuesta unívoca o sintética. Es crear sociedad y relaciones sociales, por lejanas que aparezcan de la "política" en sentido tradicional. Es también dar respuesta a desafíos de la coyuntura y a los que emergen de la densidad propia de la organización política. Sin ilusiones que reduzcan la doble responsabilidad a uno solo de sus planos y a la simple capitalización política de antiguos liderazgos por renovados que ellos estén. Sin caer en la trampa de confundir

las crisis del régimen militar, por agudas que sean, con la solución de los problemas propios que se arrastran históricamente.

Julio 1982.

SOBRE UN ASPECTO DE LA TEORIA DE LA RENOVACION: NOTAS INTRODUCTORIAS

Tomas Moulian

1. He renunciado a escribir un texto propiamente tal. Es decir un discurso donde las ideas están formuladas con todas las explicaciones y de una forma acabada y escrita con estilo. Esta renuncia no se debe al menosprecio de ese tipo de vehículos comunicativos. Todo lo contrario. Se debe a que los aprecio debidamente. Pero por falta de tiempo y espacio deberé plantear mis ideas en una forma escueta, que dificulta la explicitación argumental y también esa comprensión sensible que la expresión retórica facilita.

2. El término "renovación" se refiere aquí a los esfuerzos que realizan ciertos sectores de la izquierda chilena para reformular su programa, revisar sus concepciones teóricas y readecuar su práctica, sus aparatos y medios de acción. Quiero referir la noción no a la totalidad de prácticas del movimiento popular sino, solamente, a los procesos de re-constitución de los sujetos políticos y, entre ellos, los que se manifiestan bajo la forma de "partido". No adoptó con ello una postura metódica frente a lo que es hacer política. Simplemente he elegido para esta reflexión aquel tipo de sujetos que buscan incidir sobre el Estado, para los cuales el nudo de su acción tiene como término u orientación el Estado, aunque ella tenga como locus la sociedad.

Refundar una teoría.

1. La corriente política de la renovación debe elaborar su teoría dando cuenta de estos procesos históricos: la derrota de 1973,

la crisis del marxismo y de los socialismos y el nuevo escenario social creado por el autoritarismo en Chile. Estos apuntes toman como objeto de reflexión los dos primeros aspectos.

Una de las tareas que enfrenta esa corriente política todavía en un proceso de constitución es la de refundar una teoría. Como toda refundación de un sistema de ideas que se han concretizado en organizaciones y proyectos sociales, ella no puede operar como pura y simple disolución. Debe hacerlo a través de un doble movimiento de ruptura y continuidad.

2. Una parte de los bloqueos experimentados en la elaboración de nuevos referentes teóricos se deben a un análisis insuficiente de la derrota de la Unidad Popular y a la comprensión limitada de la crisis del marxismo y del socialismo.

El análisis de la derrota de la Unidad Popular

1. Existen diversas interpretaciones sobre la caída de la Unidad Popular. Interesa que nos preguntemos cuál es la línea derrota da en 1973. Para unos la derrota demuestra la necesidad de un momento armado en la transición al socialismo. Para otros revela el fracaso en la realización de la estrategia de acumular fuerzas desde el gobierno. Dos discursos diferentes que invocan diagnósticos de la realidad alternativos y apelan a medios distintos. En el primer caso se postula que faltó la capacidad de "cambiar de vía". En el segundo que falló la capacidad de realizar las alianzas tácticas que debían asegurar las condiciones de acumulación progresiva de fuerzas bajo la dirección obrera, garantizada por el predominio político de los partidos de izquierda.

2. Respecto a la primera interpretación de las causas de la derrota no es difícil señalar sus dificultades. Ella parte de una caracterización inadecuada sobre el Estado en Chile; no percibe su carácter de Estado ampliado. Supone que el asalto armado al poder, realizado aprovechando ventajas circunstanciales de la correlación de fuerzas, desarticularía las bases políticas de la dominación. No capta ni la "interiorización" del Estado reflejado en la expansión de una cultura política de compromiso y en adhesiones ideológicas, ni el consenso de intereses que articulaba el Estado, como espacio de representación y competencia interclasista. Pero además esa formulación era inadecuada por razones militares: la creación de una coyuntura favorable requería contar con sectores militares y/o con una "fuerza propia". La dificultad de realizar esas condiciones se argumenta sola.

3. La segunda interpretación formula como causa de la derrota el abandono de la estrategia de la "vía chilena al socialismo". En verdad la Unidad Popular no fue capaz de realizar las alianzas que se había planteado. Sin embargo, creo que el problema era más de fondo: el diseño de la "vía chilena al socialismo" estaba construido sobre la base de que era posible movilizar a las capas medias a través de un bloque con dirección obrera donde ellas jugaran el papel de aliados táctico. El modelo subyacente era la concepción bolchevique de la alianza obrero-campesina. Los términos en que se caracterizaban esas clases provenían de esas fuentes teóricas.

La izquierda era pensada como sujeto político capaz de atraer a las capas medias, revolucionando las formas históricas de representación política que ellas habían encontrado. Esas clases estaban "obligadas" a seguir a la clase obrera por el camino democrático-popular y más tarde por el camino socialista. La ausencia de un proyecto histórico propio, determinado por su calidad de "clases de transi

ción", era la base de esa "necesidad".

4. Además, la tesis de la "vía chilena al socialismo" perdió, a causa de la radicalización producida por la propia crisis política, algunos de sus elementos originales. Aunque nunca sistemática coherentemente esa estrategia tenía sentido como expresión de realidades históricas: la posibilidad de construir desde el gobierno las condiciones de la transición al socialismo y la necesidad de adoptar los contenidos democráticos de la cultura política, entre ellos de la propia cultura política de izquierda. Se estaba obligado a buscar formas que dieran cuenta de ese elemento constitutivo de la cultura nacional de aquella época. Una forma de transición y una forma de sociedad que aceptara la democracia como paradigma "interiorizado" de la política. Democracia que tenía sentidos múltiples, pero uno de cuyos núcleos eran las libertades políticas, en sus aspectos de ciudadanía y participación.

Esos contenidos originales se desvirtuaron en el período 70-73 cuando entre ciertos sectores de la izquierda empezó a primar la idea de que era urgente "resolver el problema del poder". Se entendía que este significaba utilizar los recursos del gobierno para crear las condiciones de un tránsito rápido al socialismo. A este se le entendía como "necesidad histórica", en el doble sentido que no había otra solución de la crisis de la sociedad chilena y que era la única forma de evitar el fascismo. En la base de este razonamiento estaba la fascinación por los estrategias que han tenido éxito, la bolchevique o la cubana. En ambos casos la revolución democrática es transformada aceleradamente en revolución socialista, lo que entraña una modificación de los objetivos originales y de la alianza original.

La concepción de la "vía chilena" no realizó sus virtualidades, devino en una teoría de la "transición desde arriba". El poder gubernamental deja de ser pensado como un medio de realizar un programa democrático-popular y para a ser visto como el medio de crear coyunturas favorables con el fin de sobrepasar esa etapa. Predomina en ese discurso la visión táctica de las alianzas y la obsesión (sin teoría) de la ruptura del Estado burgués.

5. Se trata de una exacerbación. Esos desarrollos, desplegados a todo vapor en la medida que la crisis se intensificaba, tenían base en la teoría original. Ella expresaba las evoluciones históricas de la izquierda, su proceso de constitución en la década de los sesenta. En ese período se hizo predominante la tesis de la dirección obrera de la etapa democrático-popular y su correlato, las clases medias como aliados tácticos. Es la revisión global del "frentismo", con su programa de modernización y con el predominio de centro político.

La "vía chilena" tuvo el mérito de recoger la cultura democrática y de plantear la necesidad de "otro socialismo". Pero esos méritos estaban hipotecados porque tenía una concepción estrecha de la transición al socialismo en Chile. El postulado de la dirección obrera y de la posibilidad de movilizar a las capas medias detrás de un programa obrerista restringido se basaba en dos falsas premisas a) esas capas medias eran consideradas "clases residuales" cuyos proyectos políticos alternativistas constituían la pura forma ideológica de expresar su naturaleza (falsa conciencia) y b) los partidos de izquierda eran considerados como fuerzas unificadoras de lo popular ya constituidas. Como he escrito en otra parte: con ese marco era imposible captar la profundidad de la escisión de lo popular en muchos ideológicos antagónicos.

6. El fracaso de la Unidad Popular no se debió a la pura crisis de dirección que impidió que se realizara a fondo la estrategia de la "vía chilena". Esa estrategia estaba impregnada de una visión obrerista y estrecha que neutralizaba los méritos de la perspectiva del "otro socialismo". Al menos permitía desconfiar de que se fuera a construir una forma de sociedad democrática cuando se impulsaba una forma de transición excluyente o estrecha, obsesionada por la "dirección obrera" y la rápida superación de las contradicciones generadas por los momentos políticos intermedios como el del "gobierno popular".

7. La verdad es que la estrategia de la "vía chilena" no constituía un camino de construcción socialista por medio de la profundización de reformas democráticas. Para serlo hubiera requerido abandonar la obsesión de una dirección obrera que se concretizaba a través de los partidos de izquierda. Estos no eran capaces en las condiciones concretas de la sociedad chilena de la década del sesenta ni de movilizar a las capas medias ni de unificar a los sectores populares. En parte esto tiene que ver con la existencia del tipo de formación política que era la Democracia Cristiana. Esta fuerza había sustituido al radicalismo como representante privilegiado de las capas medias. Además tenía capacidad de convocar a sectores populares, aquellos que no se sentían interpretados por el discurso obrerista de la izquierda. Aún en el período de auge de esa fuerza la Democracia Cristiana retuvo a esos sectores populares, sensibles al "hegemonismo" de la Unidad Popular. La alianza con las capas medias y la unificación del campo popular hubiera requerido un nuevo programa y un nuevo bloque. Uno de los obstáculos que se opusieron fue esa concepción estrecha de la transición al socialismo que, desde el sesenta para adelante, operaba como discurso (a menudo subyacente, a veces implícito) de la izquierda.

La visión del socialismo como "necesidad histórica", la exigencia de un predominio obrero (o popular) que tenía una expresión institucional cuasi ontológica en los partidos de izquierda, bloquean esa posibilidad, impidiendo el encuentro histórico entre el centro y la izquierda. A partir de esto es posible reflexionar sobre la temporalidad desfasada de los procesos políticos. En la década del cuarenta la izquierda se embarcó en el "frentismo" cuando las posibilidades sociales de un reformismo orgánico estaban bloqueadas tanto por el nivel de desarrollo capitalista como por el peso oligárquico en el sistema político como por el desarrollo de la izquierda en un país todavía agrario con un proletariado incipiente. A mediados de la década del sesenta recién aparece un reformismo que aborda la solución de la marginación campesina. Pero la izquierda ya ha abandonado la línea "frentista", reivindicando a partir de entonces la dirección obrera. Ya vivía obsesionada por una idea de la transición al socialismo cuyo núcleo era la necesidad de una rápida transformación de la revolución democrática en socialista.

8. En síntesis, no solamente existió una falla de dirección que hubiera impedido que una concepción acertada se impusiera. No existía una verdadera "vía chilena". La derrota tiene que ver con decisivos vacíos en la concepción, en la determinación de las fuerzas históricas que harían posible los cambios. La corriente de la "renovación" no ha avanzado lo suficiente en determinar (sin piadosas complacencias) los factores de la derrota. Me parece que hacerlo es la única forma, de abandonar la vivencia de ella como drama para vivirla como crisis. Dejar de pensar que se fue víctima de fuerzas oscuras o de maquinaciones siniestras para pensar lo sucedido como resultados de la acción de sujetos, con objetivos, metas, cálculo, conciencia, grados de libertad, en suma responsabilidad histórica y capacidad de automodificación.

Crisis de los "marxismos en uso"

1. Parto señalando la diversidad histórica, la heterogeneidad, la multiplicidad de enfoques y la existencia de líneas en oposición dentro del marxismo. En la IIª Internacional el "marxismo en uso" fue el de Kautsky, en la IIIª inicialmente el de Lenin y más tarde el "marxismo-leninismo". En Chile primó, desde la década del sesenta, ese último tipo de interpretación del marxismo. Representa la forma soviética de teorizar los problemas de la revolución y de la transición.

Pero, pese a esta diversidad y a los conflictos de líneas, existía la idea de un único marxismo, al cual se le atribuían virtudes de cientificidad absoluta como teoría del capitalismo, de la revolución política, de la transición al socialismo. Primó dentro del marxismo un conjunto de nociones unificadas por esa lógica: desviación y revisionismo, "política científica", "única ciencia de la historia", ciencia burguesa/ciencia proletaria.

Pese a las luchas internas de carácter político-teórico se impuso esta idea de la cientificidad absoluta, la cual cumplía dos funciones: a) señalar que el marxismo analizaba científicamente lo que las otras corrientes solo eran capaces de analizar ideológicamente: saber real versus saber aparente. Las "ciencias burguesas", por ejemplo la "sociología subjetiva" de que habla Lenin, solamente eran capaces de proporcionar conocimientos aparentes; b) establecer una ortodoxia en el interior del marxismo, expulsando a las tinieblas de la no-ciencia, ciertas líneas discrepantes. Si había una ciencia única y absoluta ella no podía ser contradictoria.

Ni la disidencia trotskista ni la divergencia yugoslava lograron destruir ese clima intelectual. Para la mayor parte del movimiento comunista el marxismo-leninismo siguió siendo la única teoría posible. La desestalinización y, más tarde, el cisma chino cambiaron un poco el clima intelectual. Pero solamente en la década del setenta se produce el estallido de la ortodoxia: mayo de 1968, la invasión de Checoslovaquia, el surgimiento del eurocomunismo son hitos de ese nuevo universo cultural. Quizás el eurocomunismo sea un hijo no reconocido de lo que representaron los movimientos estudiantiles de fines de la década (la aspiración libertaria, la intuición de cambios muy profundos en las sociedades capitalistas, el rechazo visceral del marxismo anquilosado en sus pedestales científicos) así como es un hijo legítimo de la invasión de Checoslovaquia.

2. Lo importante es que junto con la derrota de la Unidad Popular la izquierda chilena se vió envuelta en los cambios que estaba experimentando la cultura marxista. La ortodoxia tiene muchas virtudes prácticas: proporciona un universo de certezas que pueden operar como guías de la acción o como justificaciones a posteriori de ella. Tocó vivir juntas la destrucción de esos dos ámbitos: la sociedad política "pacífica", regulada, de negociación y compromiso que existía en Chile y el marxismo como sistema de respuestas irrefutables a los problemas de la política de la izquierda.

La derrota y los aires de crisis en el campo marxista, que significaban la puesta en cuestión de principios considerados absolutos y la fermentación de nuevas ideas y experiencias de hacer política se fusionaron en la experiencia. La crítica de la práctica política desarrollada entre 1970-1973 está puesta en el tapete por la derrota. Pero ciertos sectores de la izquierda han podido traspasar la esfera

de las críticas fáciles y cómodas al imperialismo o a los adversarios, incluso a los simples errores de dirección en el recorrido de un camino bien trazado, porque estaba herodado el muro de la ortodoxia y cundía en el campo marxista la reflexión problemática y crítica. Sin el eurocomunismo o, más en general, sin el aporte del "marxismo italiano" nuestra reflexión quizás hubiese seguido otros caminos.

3. Cuál es el itinerario de las búsquedas?. Son dos los puntos de partida: la estrechez del marxismo en uso para entender la complejidad del "Estado moderno" y de la estructura social capitalista en el Estado de bienestar o ^{de} compromiso y la detección de un núcleo dogmático que dificulta la formulación de una teoría democrática del socialismo.

El primer arranque no basta. Esa línea de reflexión puede hacer aportes en la constitución de una teoría política más compleja. La sustitución de la visión simplista del poder y del Estado a través de la idea gramsciana de un orden político requiere fuerza más hegemónica hace avanzar la capacidad de análisis pero, sino se lleva más a fondo la crítica, puede derivar en una visión más perfeccionada de dictadura. Una "dictadura perfeccionada" porque en ella la obediencia política conseguida a través de la represión o de la norma jurídica ^o complementada por la obediencia de las adhesiones ideológicas, o en el límite, de la manipulación de las conciencias. No existe verdadera socialización del poder.

El segundo punto de arranque es decisivo. A primera vista, la originalidad del marxismo como teoría política fue su anti-estatismo y el concebir el socialismo como momento intermedio en el tránsito hacia el comunismo. Sin embargo, sus productos históricos han

sido sociedades donde el poder político, en vez de socializarse se concentra en una elite no sometida a una competencia abierta. Se crea una sociedad donde se ha eliminado el pluralismo político y donde se produce una estatización de la vida cultural y social. Sin embargo, no se trata simplemente de una disociación entre la teoría democrática y antiestatista y la práctica que, víctima de la realidad histórica o de la presión de las circunstancias, cae en el estatismo. En la ~~teoría~~ misma hay un núcleo dogmático. La dictadura como régimen político es una derivación lógica de esa teoría más que su distorsión.

La teoría marxista combina en un todo elementos estatistas con elementos anti-estatistas. Por ejemplo la noción del Estado socialista como semi-Estado y de la democracia directa a través de los soviets con la noción del marxismo como Saber Absoluto y del partido como administrador de ese Saber.

No es exacto, entonces, afirmar que la forma de organización social de los países socialistas está en contradicción absoluta con el proyecto que la teoría formula. Esta última es equívoca. Los elementos libertarios, que plantean el socialismo como superación de la democracia burguesa, se combinan con elementos totalitarios que derivan de la doble relación Marxismo=Saber Absoluto y Política = Verdad.

4. La teoría de la Ciencia que hay en el marxismo es un punto originante de tendencias antidemocráticas.

La teoría del Partido se funda en la noción del marxismo como Saber Absoluto: única ciencia del desarrollo histórico. Este culmina en el comunismo y tiene como realizador al proletariado. El mar

xismo es la conciencia de si de la clase obrera porque le proporciona los recursos cognitivos que necesita para luchar por la transformación de la sociedad. Sin el marxismo el proletariado no puede acceder a la conciencia lucida, permanece en el nivel de la conciencia prisionera, no es capaz de elevarse a la crítica política del capitalismo. El Partido es el constituyente de la clase obrera como clase-sujeto, el que la dota de una organización política y de una teoría. El Partido es el portador de la Verdad, exterior a la práctica de una clase concreta y particular, y el vigilante de esa Verdad.

Partiendo de esta idea de Ciencia como Saber Absoluto se deriva en una noción de Partido de carácter iluminista. Esa idea de Ciencia es, en algunos aspectos, posterior a Marx. Coletti dice que en este hay dos nociones: la que proviene de la tradición empirista inglesa y la que proviene de la tradición hegeliana ("la doxa opuesta al episteme"). La idea del marxismo como ciencia absoluta (tradición imposible de conciliar con la de ciencia crítica) se afirma con Lenin (el marxismo como sociología objetiva, única ciencia social). Predomina con el marxismo leninismo, teoría de la revolución proletaria en la época imperialista, ciencia de la práctica política (la noción de "política científica", la cual abre el camino a la idea de "desviación").

5. Si el Partido tiene la función de proporcionar el Saber como Verdad y la misión de vigilar su realización en la historia la noción de "socialización del poder" presenta problemas. Por lo menos tantos problemas como los que enfrenta el derecho natural (Ley por encima de la ley) con la teoría de la soberanía popular. El Partido está por encima de las masas y de la "voluntad popular", aún considerando al pueblo en sentido restringido. Polonia es la

expresión culminante de esa lógica iluminista. El Partido tiene razón contra la mayoría, porque la tiene por principio.

6. Tomar en cuenta estas contradicciones evita la tentación de las esperanzas fáciles. El problema del socialismo no es simplemente la dureza de las circunstancias históricas que le ha tocado enfrentar. En su propia constitución como proyecto de "nueva sociedad" hay elementos contrarios a la libertad política. La concepción científicista que hay en el marxismo (Saber Absoluto, científicidad de la política y Partido iluminista) es difícilmente compatible con el pluralismo político. En el marxismo luchan el principio libertario, expresado en la reivindicación del autogobierno o de la democracia directa con el principio estatista, cuyo nudo está en la noción de Partido. Este es el portador de la Verdad por que es por se el representante de la "clase portadora del sentido de la historia". Hay que revisar como esa idea de la Ciencia y del Partido impide tener una teoría democrática de la transición y porque la libertad política como "libertad de todos" (Rosa Luxemburgo) es postergada para cuando el desarrollo de las fuerzas productivas haya reducido las necesidades materiales.

7. No siempre nuestra crítica ha establecido las relaciones orgánicas que hay entre algunas de las nociones centrales del marxismo y las sociedades socialistas actuales. La tendencia ^(L/M) a refugiarse en la perspectiva antiestatista que, como ninguno, Lenin formuló en El Estado y la Revolución. Allí estaría el sentido profundo del marxismo, imposible de realizar por contingencias históricas entre ellas el surgimiento de la revolución en países de escaso desarrollo capitalista y el cerco capitalista. Pero hay que agregar que esa línea es incompatible con la idea del Partido, que conduce a la

dictadura iluminista, la de una elite política-tecnocrática. Se hace este esfuerzo de fe porque se desea conservar la esperanza en el socialismo.

8. Es evidente que hay que recoger las aspiraciones que representa el socialismo. Pero hay que criticar una teoría en cuyo nombre se han organizado sociedades despóticas. Refundar una teoría socialista no es idéntico a refundar el marxismo. Este es una de las vertientes teóricas que en la historia contemporánea se oponen al capitalismo y buscan su superación.

Desafíos teóricos de la corriente renovadora

1. La teoría de la corriente renovadora, entre los cuales incluyo mis propios trabajos, se han quedado corta.

Primer ejemplo: los análisis de la derrota de la Unidad Popular no llegan al fondo, la inviabilidad de ese proyecto histórico concreto. Conducía sin remisión a una crisis estatal, porque con el no se podía organizar un bloque nacional-popular compatible con la profundidad del programa de cambios. Ese bloque era imposible sobre la base de la exigencia a priori de dirección de los "partidos obreros" y de su pretendido monopolio de lo popular. El resultado: se profundizó la escisión entre los diferentes segmentos ideológicos-políticos de lo popular y entre las capas medias y el sector más radicalizado de éste.

Segundo ejemplo: al analizar las sociedades socialistas se las denuncia porque no realizaron consecuentemente el proyecto original. En la base de esta operación está la idea que, si bien las sociedades socialistas son despóticas, el marxismo continúa siendo la uto-

pia de la liberación humana. Lo es por derecho propio. Se debe poner en discusión ese postulado, incluso expresado en esa forma tenue que lo presento en "Por un marxismo secularizado": el mejor fundamento racional del socialismo.

2. La tarea es repensar el socialismo como proyecto y como camino de lucha. La dramática derrota de 1973, que ha permitido este período del autoritarismo, y la trágica historia de las sociedades socialistas actuales nos obliga a esa tarea. Para recoger lo que el socialismo representa como aspiración se deben sortear los caminos fáciles y las esperanzas voluntaristas. No es el papel de estos apuntes abordar esa tarea. Solo he tratado de justificar su necesidad teórica.

En verdad, una teoría política "renovada" no puede limitarse a las dos operaciones que he señalado. Su centro deberá ser la reflexión sobre el nuevo escenario social. Pero para abordar ese análisis en buena forma son necesarios estos arreglos de cuentas.